

NINA BLAZON

*El espejo
de la reina*

ANAYA

Título original: *Der Spiegel der Königin*

1.ª edición: septiembre 2009

© Ravensburger Buchverlag Otto Maier GmbH, 2006

© De la traducción: Carmen Bas, 2009

© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2009

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta: Fuencisla del Amo

ISBN: 978-84-667-8493-1

Depósito legal: M-32257-2009

Impreso en Anzos, S.L.

C/ La Zarzuela, 6

Polígono Industrial Cordel de la Carrera

28940 Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

PARTE I

El medallón de Ebba Sparre, 11

Riendas en la nieve, 41

PARTE II

Tre Kronor, 67

Fantasmas, 81

El hombre de la pluma en el sombrero, 107

El guante rojo, 133

PARTE III

La promesa, 161

Tabulae anatomicae, 169

Un mundo de color rosa, 189

PARTE IV

El beso de Cristina, 219

Hija de herejes, 235

El espejo roto, 267

EPÍLOGO, 307

«Amo la tempestad, temo la calma».

Cristina, reina de Suecia (1626-1689)

PARTE I



El medallón de Ebba Sparre

¡PRECISAMENTE el medallón de Ebba Sparre! El óvalo dorado con forma de rosa del que la joven se sentía tan orgullosa. Pues a pesar de que era invierno y el viento soplaba con tanta fuerza que en el palacio de Upsala hasta el fuego de las chimeneas se encogía bajo su gélido soplo, la camarera de la reina no se tapaba el escote, sino que lucía el colgante bien visible sobre su pálida piel. Pero la rosa de oro había desaparecido, y la señorita Ebba no recordaba dónde podía haberlo perdido. Hacía horas que lo buscaban por el palacio. Se oían voces por los pasillos, los lacayos iban nerviosos de un lado a otro y rebuscaban en cada escritorio y en cada cajón. Una criada rastreaba la escalera de la entrada con cara de haber llorado. Incluso se solicitó la ayuda de dos mujeres de la cocina para que recorrieran cada uno de los intrincados pasillos. Un profesor extranjero despedía, con la peluca descolocada, a los alumnos que esa misma mañana habían sido invitados para ofrecer sus respetos a los invitados reales de Estocolmo.

—El medallón es una joya heredada —explicaba en la cocina Olof, uno de los sirvientes. Sus mejillas ardían de excitación y se tiraba continuamente de las bocamangas bordadas de su librea azul—. Perteneció al padre de la señorita Ebba.

Se lo ha contado a uno de los estudiantes en la mesa. ¡Estaba casi llorando cuando habló de ello! ¡Y la reina ha ordenado que colabore en la búsqueda incluso el secretario del obispo! ¡Imaginaos, Kester Leven en persona rebuscando por los rincones! —Las ayudantes de cocina se rieron sarcásticamente.

Elin se inclinó aún más sobre el caldero de cobre que estaba fregando. Un mechón de cabello rubio le cayó sobre la cara y Elin lo escondió de nuevo en la cofia con sus dedos mojados. Tenía las manos entumecidas a causa del frío, pues en la cocina no se calentaba el agua que se usaba para fregar. Ella solo podía calentarse un poco en el fuego del hogar, siempre que no estuviera mirando en ese momento Greta, la cocinera. Elin dirigió a Olof una mirada furtiva. Las manos del sirviente, cuyo cometido en palacio era ayudar a servir la mesa, eran delicadas y blancas como las de una dama. Elin le imaginó llevando hábilmente las bandejas de plata con la carne en salazón y el salmón en adobo. La sola idea de que Cristina, la reina de Suecia, estaba sentada en una elegante mesa a solo unas estancias de esa cocina le hacía palpitar con fuerza el corazón.

—La señorita Ebba se puso el colgante esta mañana —siguió contando Olof—. Recuerda que lo llevaba antes de entrar en el despacho de la reina. ¡Y de pronto había desaparecido!

—¡Admítelo, Ida, lo tienes tú! —gritó un ayudante de cocina—. ¡Déjame mirar, lo has escondido en tu corpiño!

La criada alzó la vista desconcertada. Antes de que el desvergonzado joven pudiera alcanzar su cuello, se echó hacia atrás y le golpeó en la mano. Todos rieron.

Maditt le guiñó un ojo a Elin y rellenó con agua limpia el balde de fregar. Con un gesto de dejadez echó un puñado de arena en el caldero que estaba limpiando en ese momento.

—¡Han registrado incluso los arcones de la ropa de los criados! —le susurró a Elin.

—Sabe Dios que yo no necesito robar joyas —dijo Ida enfadada. Sus mejillas temblaban de rabia—. Si quieres un sospechoso, busca entre las cosas de Emilia. ¡Ella sí que necesita cada *öre*¹ para sacar a sus críos adelante!

Elin alzó la vista asustada.

—No les hagas caso —susurró Maditt—. Solo están bromeando.

—¡Pues maldita la gracia! —dijo Elin enojada.

Se volvió, pero no se veía a Emilia por ninguna parte. Mejor, así no había oído el horrible comentario de Ida. Emilia era la única persona que le caía bien a Elin. La conocía desde que era pequeña, y hacía cuatro semanas que trabajaban juntas en la cocina del palacio. Emilia compartía por las noches su cama de paja con Elin y la consolaba cada vez que recibía una regañina de la cocinera.

—¿Quién puede ser tan tonto para robar a un invitado de la reina? —siguió parlotando Maditt—. ¿Crees que Emilia haría algo así?

—¡Si sigues diciendo esas tonterías se te va a pudrir la lengua! —dijo Elin. Estaba muerta de miedo.

—¡Elin! ¡Maditt! —La enérgica voz de Greta las hizo sobresaltarse. La cocinera se limpió en el delantal los dedos, que estaban cubiertos de una costra de sal—. ¡Dejad de chismorrear! ¡Venga, a trabajar! ¡Traed agua limpia!

Elin sabía que se refería a ella. Podía sentir la amenazadora mirada de Greta incluso sin verla. A la cocinera se le ponían ojos de dragón cuando miraba a Elin.

—¿Y bien, te has quedado sin lengua?

¹ *Öre*: centésima parte o céntimo de la unidad monetaria sueca.

Elin apretó los labios con fuerza y se limpió las manos en el delantal. Luego cogió su pañuelo de lana, se lo puso alrededor del cuello y agarró dos cubos. Sin dar una respuesta, abandonó la cocina. Daba igual si era amable o no. Desde hacía una semana, Elin apenas había dicho otra cosa que sí o no, lo que le sirvió a Greta para irse lamentando por todos lados de que Elin no solo era torpe, sino también obstinada. En cambio, el moratón que hacía una semana había aparecido en la mejilla de Elin y que palidecía lentamente no parecía interesar a nadie.

No era nada agradable salir al exterior con el viento helador. Otra de las humillaciones de Greta. Como la fuente del patio estaba congelada, Elin tendría que recoger nieve. Eso significaba que debía alejarse del pueblo, ya que la nieve no podía estar sucia.

Si en la cocina sentía algo de calor, ahora todo su cuerpo temblaba de frío. Elin no tenía ropa de invierno, sino que llevaba, como todas las criadas de la cocina, una chaqueta con botones, una falda con ribete que le llegaba hasta los tobillos y un delantal.

En el patio reinaba un inusual ajetreo. Acababa de llegar uno de los trineos reales. La nieve cubría las crines de los caballos. Elin no pudo reconocer a quien descendía del trineo; tras la cortina que formaban los copos al caer solo pudo ver una chaqueta de terciopelo rojo oscuro y un abrigo cuyo borde rozaba las escaleras. Los nobles invitados desaparecieron enseguida en el interior del palacio. Elin alzó la cabeza y observó las ventanas con nostalgia. La luz de las velas que brillaba a través de los cristales resultaba aún más cálida y acogedora contra el triste gris del cielo. Por un instante se vio una silueta en la ventana. A través de la nieve Elin solo pudo entrever un vestido azul. Tal vez fuera Ebba Sparre; Olof conta-

ba a menudo que a la camarera de la reina le gustaba ese color, que hacía resaltar más sus ojos. El mundo de la corte parecía estar muy cerca, pero Elin se encontraba bastante más lejos de él que de las estrellas.

Suspiró y enfiló el camino que corría junto a las huellas de los trineos y los caballos. Sorprendentemente, alguien había limpiado la nieve. Cuando se divisaron las primeras acumulaciones de nieve sin tocar, Elin aminoró la marcha. Un hombre alto estaba en medio del camino. Apartaba la nieve con una escoba con sumo cuidado, como si llevara a un grupo de pollitos de un lado para otro. Cada poco se inclinaba y pasaba los dedos por el suelo. Elin pudo apreciar enseguida que no era un empleado por su abrigo, que era caro y estaba bien confeccionado. Sus guantes eran de una fina piel de color gris claro con bordados dorados en los puños. El joven noble se percató de la presencia de Elin y se puso derecho. Elin vio su rostro anguloso, enrojecido, sin barba, y enseguida le reconoció: era uno de los estudiantes. Por lo que recordaba, se llamaba Erik y le gustaba rondar por la cocina. Ida y Maditt estaban enamoradas de él, pues las hacía reír con sus bromas. Ahora también sonreía mientras se sacudía la nieve de los guantes.

—¡Mira tú! —le gritó a Elin—. ¡Los perros pueden calentarse la tripa en la chimenea tranquilamente, pero a nosotros nos hacen salir a buscar joyas! ¿Y qué te trae hasta mí?

Elin bajó la mirada.

—Nada —respondió en voz baja—. Voy a recoger nieve para la cocina. —La sonrisa de Erik desapareció.

—Tenía la esperanza de que vinieras a decirme que al fin han encontrado el medallón.

—¿Está ahí? —Apareció un segundo estudiante, no tan bien vestido. El frío hacía brillar sus mejillas en su delgado

rostro. El cabello rojizo le caía por la frente. Erik sacudió la cabeza y puso de nuevo la escoba en movimiento con un gesto de fastidio. El segundo estudiante vaciló. Elin sabía que le estaba mirando la mejilla. Rápidamente se bajó un poco más la cofia para que le tapara más la cara.

—¿Te has caído por las escaleras?

Elin sacudió la cabeza. El interés que reflejaba su voz la hizo sentirse abochornada. Los copos se posaban en su pañuelo y se derretían sobre su piel.

—¿Por qué buscáis el medallón aquí fuera? —preguntó, en vez de dar una respuesta. El estudiante suspiró, subió los hombros y señaló el jardín del palacio cubierto de nieve.

—Porque la señorita Ebba estuvo aquí hace unas horas. Tal vez hayas oído que la reina Cristina tiene invitados de Francia. El hijo del marqués insistió en ver los jardines de palacio.

—¿Un jardín en invierno? ¿Qué se puede ver en él?

—Nieve, lo que seguramente no tienen en Francia —respondió el estudiante, riendo—. Aunque si quieres conocer mi opinión, yo creo que el joven marqués solo quería dar un paseo con la bella Ebba. —Le guiñó un ojo a Elin—. En cualquier caso, ahora estará tranquilamente sentado en el gabinete, bien calentito, mientras se distrae jugando al ajedrez. Así es la vida: unos junto al fuego, otros en la nieve.

Elin se apretó aún más el pañuelo alrededor de los hombros. En el sitio donde se había derretido la nieve se veía un cerco húmedo. El tejido se había helado y la arañaba en el cuello. Entornó los ojos y observó el camino con gesto meditabundo.

—¿Cuánto tiempo estuvo Ebba Sparre aquí fuera? —preguntó.

El estudiante se apoyó en la escoba.

—No lo sé con exactitud. ¿Media hora, tal vez? Antes de la comida vi que subía la escalera hacía la gran sala de la chimenea.

Las mejillas de Elin fueron entrando en calor por la excitación.

—Si estuvo tanto tiempo aquí fuera, con este frío, tenía que llevar un chal o un cuello de piel.

—Naturalmente, llevaba un chal.

—¿Cómo era?

—¿Es esto un interrogatorio?

Elin agachó la cabeza.

—Perdón —murmuró.

Cogió los cubos y se dirigió hacia un montón de nieve virgen.

—¡Espera! —le gritó el estudiante, frotándose las manos—. Era un chal blanco. Con flores bordadas.

—¡Hampus! —gritó Erik—. ¿Es que te has quedado congelado?

El estudiante agarró su escoba, se despidió de prisa de Elin y se unió a Erik. Elin dio un par de zancadas por la nieve y empezó a llenar los cubos, apretando bien la nieve. Se olvidó del frío recorriendo mentalmente el camino que habría seguido Ebba Sparre hasta el palacio. El marqués francés y la señorita debían de haber dado un rodeo para acceder al palacio por la entrada principal. Las habitaciones de los invitados y la sala de la chimenea estaban en la segunda planta. Los señores solían dejar sus abrigo en el primer vestíbulo, al pie de la escalera. El viejo Víctor era el criado encargado de recoger las prendas, cepillarlas en la habitación que había junto a la escalera y guardarlas de forma que no se estropearan sus costosas telas. En la mente de Elin surgieron lazos y nudos que, como en un tejido, se cruzaban y separaban formando una red con los ca-

minos que podía haber seguido el medallón de Ebba Sparre. Se sacudió apresuradamente los copos de nieve de las mangas e inició el camino de vuelta cargando con los pesados cubos. Estaba impaciente por contarle a Emilia sus sospechas.

—¡Bueno, por fin! —gruñó Greta, señalando el gran caldero que había sobre el fuego—. ¡Venga, venga! —El peso de los cubos dobló los hombros de Elin cuando se dirigió hacia el enorme hogar. El calor que desprendía el fuego hizo que le doliera de nuevo el moratón de la mejilla. Dejó los cubos junto al fuego y ayudó a remover el caldero. Mientras evitaba hábilmente tocar el cobre caliente y desmenuzaba la nieve, oyó que alguien discutía a sus espaldas.

—¡Deja de molestarme con tus mentiras!

Elin se volvió. ¡Emilia! La criada estaba en el tajo, donde quitaba nervios y tendones a un trozo de carne con movimientos bruscos, y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Has sido tú! —gritó el ayudante de cocina, acalorado—. A mediodía has ido a las despensas, has estado mucho tiempo sin que te viera nadie. Poco después había desaparecido el medallón.

Un abismo invisible dividió la cocina en dos partes: a un lado, los ayudantes de cocina, Greta y las criadas; al otro lado, completamente sola, Emilia. Cuando vio a Elin, sonrió con tristeza y se limpió los ojos con la manga. Tenía aspecto de estar cansada, agotada. Incluso su cabello rojizo, siempre brillante, estaba apagado y revuelto, y los mechones grises de su gruesa trenza saltaban más a la vista que otras veces. Solo Elin sabía por qué la criada pasaba tanto tiempo en la despensa. Una noche Emilia le había confiado que a veces no tenía más remedio que recostarse contra un barril y cerrar un poco los ojos entre los jamones y las cajas de madera con setas secas y en conserva, hasta recuperarse del agotamiento.

—¡Ya estoy harta de ti! —dijo Greta—. ¡Voy a denunciar el robo!

—¡Denuncia lo que quieras! —dijo Emilia enojada—. ¡Nadie va a encontrar la joya entre mis cosas!

—¡Eso ya lo veremos! ¡Maldita ladrona! —intervino Ida, enfadada.

—¡Ten cuidado con lo que dices! —Emilia había alzado el cuchillo, del que colgaba un trozo de piel. El resplandor del fuego se reflejó en su hoja.

—¡Baja ese cuchillo, bruja!

La nieve se derritió en el caldero de cobre con un suave sonido. Todos miraron a Ida. Esta se sonrojó, pero echó la cabeza hacia atrás con gesto arrogante y apoyó las manos en las caderas.

—Y si no es una bruja, entonces es una ladrona —añadió con insolencia. Elin confiaba en que Greta la hiciera callar, pero la cocinera no parecía dispuesta a defender a Emilia.

—Dejad de discutir —se limitó a decir—. Eso lo decidirán otros.

Emilia palideció tanto que se le marcaron aún más las pecas de la cara. Bajó el cuchillo, que se balanceó en su mano como una hoja seca en una rama. Elin se volvió y observó los calentacamas de cobre que colgaban de sus largos mangos junto al fuego. Estos aparatos se llenaban con ascuas y, antes de que los señores se fueran a dormir, se pasaban entre las sábanas hasta que la cama estaba caliente y seca. Con ese mismo fin también se utilizaban unas botellas de cobre que se llenaban de agua y se calentaban con un hierro incandescente.

Los últimos grumos de nieve se deshicieron entre los dedos de Elin y se disolvieron en el agua. Solo había un modo de ayudar a Emilia. Pero necesitaba la ayuda de Víctor.

Cogió con disimulo un atizador y acercó uno de los hierros calientes que había junto al fuego. Con un par de ágiles movimientos consiguió colocarlo sobre un trozo de piel, agarró la botella de agua caliente y dejó caer dentro el hierro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el cocinero encargado de las sopas.

—Debo llevarle un calentador a Víctor —murmuró Elin—. Se lo ha pedido uno de los invitados. —Confiaba en que el cocinero no notara que se estaba sonrojando. Pero este solo gruñó algo ininteligible y la apartó a un lado. Elin apretó el recipiente con fuerza y se dirigió hacia la puerta.

—¡Eh! —gritó Greta—. ¿Adónde vas?

—¡A buscar a Víctor! —respondió el cocinero en vez de Elin—. Quiere una botella de agua caliente para un invitado.

—¡No irás tú! —ordenó Greta—. ¡Maditt, llévasela tú! ¡Lo que me faltaba, que una gata sarnosa como esa correteara entre los pies de los señores!

Todas las miradas se dirigieron a Elin. La botella de cobre que llevaba en sus manos no se había calentado todavía con el hierro incandescente, pero Elin sintió como si corriera fuego por sus venas y no pudiera pensar ni razonar. En ese momento odió a la cocinera con todas sus fuerzas, más de lo que había odiado jamás a los Gudmund.

Lanzó a Greta una mirada desafiante, se volvió hacia la puerta y echó a correr. Los furiosos gritos de Greta le hicieron acelerar aún más el paso.

—¡Te voy a zurrar!

A Elin le invadió una gran sensación de triunfo. ¡Le darían una paliza, sí, pero antes tendrían que atraparla! Con cada paso que daba, el hierro golpeaba las paredes del recipiente de cobre.

—¡Detenedla! —gritó Greta desde un extremo del pasillo de la zona de servicio.

Pero Elin ya había llegado a la escalera. Se remangó la falda con una mano y subió los escalones de dos en dos. Ascendió por la escalera jadeando, con el calentador bien sujeto debajo del brazo. Cuando ya estaba casi segura de que en cualquier momento iba a sentir una mano en el hombro, se dio cuenta de que los pasos que oía eran solo el eco que resonaba en las paredes. Los gritos se habían apagado. Elin llegó al primer piso, torció por una esquina y se detuvo sin dejar de jadear. Se apretó contra la fría pared y escuchó los fuertes latidos de su corazón. ¡No la seguía nadie! Al menos había ganado algo de tiempo. Con dedos temblorosos se colocó bien la cofia, que se le había torcido. Finalmente tomó aire con fuerza y enfiló el pasillo lateral, que llevaba al gran vestíbulo.

Tuvo suerte, pues no había ningún invitado en él. Tan solo estaba Víctor sentado en una silla de madera junto a la escalera, esperando con paciencia, como siempre, a que entrara alguien por la puerta.

—¡Víctor! —le llamó Elin en voz baja. El lacayo dio un respingo y enseguida se puso de pie, junto a la silla, más tieso que una vela. De joven debía de haber sido un hombre atractivo, pero ahora los elegantes faldones bordados de su librea colgaban con tristeza y sus piernas resultaban demasiado delgadas debajo de los pantalones bombachos y las medias claras. Cuando reconoció a la persona que le había llamado, abandonó su estirada actitud y se dejó caer de nuevo en la silla.

—La pequeña de las colinas reales —gruñó—. ¿Qué me traes?

—Hoy no hay cerveza caliente —contestó Elin—. Pero sí algo para calentarse.

—¡Oh, bien! —dijo él—. Mis viejos huesos son hoy de hielo. —Su enjuto rostro se encogió en una recelosa sonrisa—. Te arde la cara, niña. ¿Tienes fiebre?

—Greta me persigue —susurró Elin—. ¡Necesito tu ayuda!

—Greta, ¿eh? Entonces no puedo ayudarte. Es tu jefa. Yo solo me ocupo de los abrigos.

—¡En la cocina sospechan que Emilia ha robado el medallón! —soltó Elin de golpe—. ¡No quiero que pierda su trabajo!

El rostro de Víctor se ensombreció. Sacudió la cabeza con resignación.

—¡Menuda jauría de perros! —murmuró—. Emilia no robaría jamás. Pero me temo que alguien como tú no puede hacer nada al respecto.

—¡A lo mejor sí! Pero para eso tengo que saber algo... sobre Ebba Sparre.

—¿Ah, sí? ¿Y qué?

—He oído que hoy ha estado en el parque.

—Sí, naturalmente. Estaba congelada cuando regresó del paseo. Y nuestro invitado francés también...

—Llevaba un chal. ¿Te lo entregó a ti? ¿Puedo... verlo? ¡Por favor! —Víctor arrugó la frente—. Es blanco —le apremió Elin—. Con adornos de flores.

—¡Ah, ese! No está en el guardarropa. Cuando lo recogió se le enganchó un anillo en él y se soltaron algunos hilos del bordado. Por eso, tras el paseo, la señorita Sparre me indicó que se lo hiciera llegar a la camarera de los invitados franceses. Ella lo va a arreglar. ¿Qué tienes pensado?

Se oyeron pasos en la escalera que llevaba al pasillo del servicio. Elin se acercó más a Víctor.

—No deben encontrarme —susurró—. Creo que puedo ayudar a Emilia. Pero, para eso, antes tengo que ver el chal.

—El viejo criado se había quedado pálido. El labio inferior le temblaba a causa de la tensión—. ¿Dónde está el chal, en qué habitación, Víctor? Te prometo que no te meteré en problemas. Si alguien te pregunta, di simplemente que no me has visto.

Elin miró hacia atrás. En cualquier momento se abriría la puerta y Greta la arrastraría de nuevo hasta la cocina. Y esta vez seguro que no iba a escapar tan solo con un moratón. Víctor parecía estar pensando lo mismo.

—¡Bien, muchacha! Sube por esa escalera de ahí y arriba quítate el delantal, ¿entendido? La guardia y los criados no están hoy demasiado atentos. Y si alguien te pregunta, di que le llevas un calentador a *madame* Joulain, que lo ha pedido. Así se llama la camarera de la marquesa. ¿Te acordarás?

Elin contuvo la respiración y asintió. El viejo criado le indicó en pocas palabras el camino que debía seguir.

—¡Gracias! —susurró Elin, y se marchó corriendo.

Oyó que abajo se abría la puerta que daba acceso al pasillo de servicio. También escuchó la voz sumisa de Víctor. Casi sin aliento, llegó por fin al final de la escalera y corrió hacia una de las ventanas por las que entraba una luz difusa. Aunque era a primera hora de la tarde, la oscuridad ya empezaba a cernirse sobre Upsala. Elin se quitó el delantal, hizo un ovillo con él y lo escondió detrás de una cortina. Apretó el cobre caliente contra su pecho, lo que tuvo un efecto tranquilizador, y echó a andar.

Nunca antes había estado en esa parte del palacio. En un momento dado se escondió detrás de una cortina hasta que dos vigilantes que venían por el pasillo pasaron de largo. Cruzó por delante de numerosas puertas y oyó retazos de conversaciones en distintos idiomas. Llegó sin ningún problema hasta el tercer pasillo y, tal como le había dicho Víctor, se en-

contró ante una puerta con adornos de marquetería. Elin se armó de valor y llamó a la puerta.

Apareció la cara de una camarera. Llevaba un traje negro ceñido y tenía el aspecto de un perrillo faldero tristón. Su pelo cano estaba peinado en diminutos ricitos, lo que contrastaba con sus profundas arrugas y sus labios fruncidos. A Elin le pareció un rostro grotesco. Se apresuró a hacer una reverencia.

—El calentador para *madame* Joulain —dijo en voz baja. La mujer arrugó la frente.

—No hemos pedido ninguno.

Elin hizo como si el gran peso del recipiente tirara de ella hacia abajo.

—Yo no sé nada de eso —dijo con sumisión—. A mí solo me han encargado que lo traiga.

—¿Desde cuándo realiza el personal de cocina el trabajo de los criados?

—Todos los criados están buscando el medallón.

La mujer observó despectivamente la falda de Elin, cuyo borde inferior todavía estaba mojado. Elin hizo un gesto como si se hubiera quemado con el cobre caliente y sacudió la mano con fingido dolor.

—Está bien, entra —dijo por fin la camarera.

La puerta se abrió. Elin pudo ver una habitación rectangular con dos puertas, que daban a sendas habitaciones anexas. En la chimenea ardía un fuego perezoso. Tras la ventana, que quedaba medio oculta por pesadas cortinas, caía la nieve. La vieja camarera con los rizos de una joven dijo algo en francés, y a Elin le sonó como si de pronto tuviera la garganta inflamada.

La dama a la que se había dirigido la camarera estaba sentada en un sillón y llevaba una vestimenta bastante más fina. Su piel era blanca como la leche y sus uñas mostraban un tono

azulado. El escote de su vestido era tan profundo que Elin sintió frío al verlo. La dama tosió y levantó la mirada de su labor. Elin estaba contenta de poder abrazarse a la botella de agua caliente. Sus manos temblaban de nervios y el corazón le latía tan fuerte que parecía que se le iba a salir por la boca.

—El calentador para *madame*... Joulain —dijo en un tono apenas perceptible.

La camarera alzó una ceja y tradujo las palabras de Elin. La dama respondió algo y le obsequió a Elin con una efímera sonrisa.

—¡Venga, vamos, entrégaselo! —ordenaron los labios arrugados—. Y ayúdame a girar el sillón hacia el fuego.

Elin obedeció. Sintió que le temblaban las rodillas cuando se acercó, giró el sillón tal como le habían indicado y colocó el calentador en el suelo, en el sitio donde le señalaba *madame* Joulain. Notó el olor dulce de su perfume. Olía un poco a hierbas secas, pero también a flores, en pleno invierno. ¡La dama noble olía a rosas!

—¡Bien! —dijo *madame* Joulain, y volvió a toser.

Luego se sentó de nuevo en el sillón y alzó ligeramente sus faldas. Bajo ellas apareció un pie que calzaba un zapato adornado con un lazo. Con un delicado movimiento, la dama empujó el calentador bajo sus enaguas llenas de puntillas y dejó caer las faldas encima de él. Luego se inclinó sobre su labor y se olvidó de Elin al instante. No era el chal de Ebba lo que tenía en sus manos, sino un trozo de brocado con adornos dorados en el que la dama estaba bordando una flor. Elin se retiró despacio hacia la puerta. No sabía si debía girarse o no, así que avanzó de espaldas hasta la puerta. De este modo pudo echar un vistazo a la habitación. En una cesta que estaba sobre una mesa de madera había algo que recordaba a una nube. Una tela blanca. Un zarcillo rojo aso-

maba por el borde de la cesta. ¡El chal de la señorita Ebba! Elin vaciló.

—¿Algo más? —preguntó la camarera.

—No.

—¡Entonces vete!

Elin estiró la mano hacia el picaporte de bronce. No paraba de pensar mientras dejaba vagar su mirada por la habitación. Entonces descubrió algo que había delante de los pies de *madame* Joulain. Se le había caído un ovillo y había rodado casi hasta el fuego. ¡Alguien debía de haber escuchado las oraciones de Elin! Tosió levemente.

—*Madame* Joulain ha perdido el hilo.

—Es cierto —contestó el dragón canoso con sequedad—. Gracias. ¡Y ahora vete!

Elin apoyó la mano en el picaporte, pero no abrió la puerta todavía. Conteniendo la respiración, observó cómo la camarera recogía el ovillo y se lo entregaba a *madame* Joulain. Elin aprovechó ese instante de distracción, abrió la puerta y acto seguido la cerró de golpe sin salir de la habitación. Corrió hacia el gran baúl de ropa que había junto a la puerta y se escondió tras él. Hasta su nariz llegó el olor de la madera encerada y la tela perfumada. Su mejilla rozó una falda de terciopelo que estaba extendida encima del baúl. Elin se estremeció. Se escuchó una risa de la dama francesa que luego se transformó en una tos seca. Elin oyó el roce de una falda sobre el suelo de madera y luego voces apagadas en la habitación contigua. Se deslizó a cuatro patas hasta el borde del baúl. La cesta con el chal estaba a solo unos pasos. Inspiró profundamente, luego echó un vistazo a la habitación. *Madame* Joulain estaba casi de espaldas a ella, concentrada en su labor. Elin podía ver su nuca. Contó hasta tres mentalmente, luego salió a toda prisa de su escondite.

Solo dudó un poco justo antes de tocar la delicada tela. ¡Ese debía de ser el tacto del pelo de las hadas, del que tanto le había hablado Emilia! Y en medio de esa suavidad tocó un objeto pequeño, duro. Una sonrisa iluminó su rostro. Le habría gustado dar un grito de alegría. El medallón le pareció muy pequeño. Los pétalos eran una filigrana tan delicada que Elin temió que pudieran aplastarse con cualquier movimiento brusco. Desenganchó con cuidado el cierre, que estaba algo torcido, cogió el colgante y salió de la habitación lo más deprisa y en silencio que pudo.

Su mano palpitaba como si sujetara en ella un corazón de oro. Elin corrió por los pasillos sin prestar atención a las miradas de asombro de los lacayos. ¡Tenía que llegar cuanto antes hasta donde estaba Víctor! Por fin descubrió la cortina verde oscuro tras la que había escondido el delantal. Desde lejos reconoció el punto en el que el terciopelo hacía una arruga transversal. Tanteó con dedos ágiles y encontró su delantal. La tela de la cortina caía pesadamente sobre su hombro. Intentó apartarla con un gesto brusco, pero no lo consiguió. De pronto perdió el equilibrio y se cayó hacia un lado. Irritada, observó las dos piernas con medias que estaban a su lado. Una mano apretó su brazo con fuerza. La cara de Olof ya no era amable y agradable.

—¿Qué se te ha perdido aquí? —le dijo siseando—. ¡Espera a que Greta te tenga en sus manos!

Elin intentó librarse de la mano que la agarraba, adelantó la rodilla izquierda y golpeó a Olof en la espinilla. El grito del criado resonaba todavía en los oídos de Elin cuando se levantó y salió huyendo hacia la escalera. Pero no había contado con que Olof corriera tan deprisa. Le dio alcance justo antes

de que llegara a la escalera, y la agarró por el cuello. Elin se revolvió. La chaqueta la ahogaba, pero consiguió girarse debajo del brazo de Olof y librarse de él. ¡Tendría que soltarla si no quería dislocarse los dedos! El sirviente se quedó de pronto petrificado.

—¿Qué tienes ahí? —Observó atónito la cadena de oro que colgaba entre los dedos de Elin—. ¡El medallón! ¡Así que lo has robado *tú!*

Elin consiguió desprenderse de los brazos de Olof. Tal como había imaginado, el sirviente estaba demasiado preocupado por sus dedos y su impecable librea como para ponerse a pelear. Elin se volvió a mirarle mientras corría. Olof se había quedado con la boca abierta y con cara de embobado. Ni siquiera me ve, pensó Elin. En ese mismo instante se chocó contra la espalda de alguien. Una pesada falda se enredó en sus piernas y le hizo dar un traspiés. Cayó al suelo y sintió el olor de la madera encerada. Elin se apoyó en las manos y se puso de pie a toda prisa. Dirigió una fugaz mirada a los indignados ojos azules que la observaban, luego oyó una voz profunda y enojada.

—¡Detenedla! —Elin no sabría decir de dónde salieron de pronto los dos soldados de la guardia cuyas toscas manos la sujetaron con fuerza—. ¡Rápido, traedla ante mí! —El metal de las armas brilló en la tenue luz del pasillo. Los demás soldados se echaron a un lado y Elin pudo ver a una mujer joven. Apenas era más alta que Elin, pero estaba tan indignada que parecía tener un aura de rayos y truenos. Sus ojos echaban chispas de furia. Elin sintió que la agarraban el brazo con menos fuerza, pero a cambio notó un pellizco en el costado.

—Inclínate ante la reina —le susurró uno de los soldados—. ¡Rápido, abajo!

¿Había tropezado con la reina Cristina? Más por miedo que por obediencia, se dobló en una profunda reverencia. ¡Estaba perdida! ¡Le cortarían la cabeza! Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Y bien? —le dijo la reina—. ¿Qué diablos haces aquí?

Elin estaba tan asustada que no consiguió decir una sola palabra, pero Olof, con una sonrisa en sus labios, hizo una reverencia y se adelantó.

—Permitidme que os lo explique, Majestad. Esta criada tiene el medallón. Lo había escondido debajo de una cortina. Probablemente quería cogerlo antes de que lo encontrara algún sirviente.

Alrededor de Elin crecieron susurros y murmullos. Parecía que de pronto se había congregado medio palacio en aquel pasillo. Se oía el crujido de los vestidos de brocado y el sonido metálico de las espadas. Las joyas de oro y los cuellos de puntillas blancas resplandecían a la trémula luz de las velas de las paredes. ¡Y en medio de todos aquellos nobles estaba realmente la reina! Llevaba el pelo recogido casi con descuido y no lucía ninguna joya sobre su piel. No era demasiado agraciada. Su nariz era demasiado larga y, además, algo torcida, y su rostro no era bastante dulce.

—¿Tienes el medallón de Ebba? —preguntó la reina, dirigiéndose a Elin.

Esta extendió la mano vacilante. Le costaba abrir los dedos entumecidos.

—¡Mi rosa! —Un brocado azul noche resplandeció súbitamente. Si a Elin le había parecido *madame* Joulain bella como la luna, entonces Ebba Sparre era el sol. Sus ojos, que eran tiernos y algo tristes, resplandecieron de alegría cuando tomó el medallón con cuidado en sus manos. En la palma de la mano de Elin quedó una leve huella de la rosa de oro.

—¿Cómo es que lo tienes tú? —preguntó la joven dama.

—Lo he encontrado.

—¿Dónde?

—En la habitación de... *madame* Joulain.

Se oyeron risas, las damas cuchichearon entre sí. A la reina, en cambio, no pareció hacerle tanta gracia la respuesta. Elin la miró como un condenado a muerte mira a su verdugo.

—¡No la dejéis aquí! —dijo la reina Cristina—. Llévala a mi despacho.

El soldado volvió a agarrar a Elin del brazo y la arrastró a lo largo del pasillo. Elin vio pasar a su lado puertas y cortinas sin poder percibir las del todo. Por una escalera llegaron hasta una parte mucho más elegante del palacio. Tapices ricamente tejidos mostraban escenas de caza y paisajes soleados. Los sirvientes abrieron las puertas que daban a una habitación tan gigantesca que, al verla, Elin se quedó tan asombrada que casi olvidó su miedo. Los estantes llenos de libros llegaban hasta el techo, olía a cuero y a madera. Bajo los pies de Elin crujía el parqué, que se había contraído a causa del frío del invierno. En el centro de la habitación había un enorme escritorio y una fila de sillas. Junto a la ventana había una mesa más pequeña, del tamaño suficiente para un escribano. La reina Cristina llegó hasta su escritorio con unos pocos pasos y se sentó. «No anda como una reina», pensó Elin. Dos sirvientes se apresuraron a hacer descender la lámpara del techo y encendieron las velas. Los cristales de la lámpara chocaron suavemente entre sí y sonaron como las campanillas de un trineo.

—Está bien —dijo la reina—. Te escucho. ¿Quién eres y qué tienes que ver con el medallón?

Tras el gigantesco escritorio la reina parecía más bien una niña malhumorada. Aparentaba muchos menos años de los

veintitrés que tenía. Elin intentó decir algo, pero las palabras se le pegaron a la boca como una papilla pastosa. Los cortesanos la miraban expectantes, sus miradas delataban curiosidad, pero también desprecio y compasión. Allí, delante de ese muro de rostros callados, Elin sintió que su pobreza le pesaba como un abrigo mojado.

—Se llama Elin Ansgarsdotter Asenban y trabaja como fregona desde hace unas semanas —dijo Olof con una sonrisa servil en su rostro—. Hoy se ha escapado de la cocina y...

La puerta se abrió de golpe y todas las miradas se dirigieron hacia la persona que había entrado. Elin se mordió los labios. ¡Kester Leven, el secretario del obispo! La arruga que la ira había tallado en su frente era en ese momento más profunda que nunca.

—Majestad —dijo, e hizo una profunda reverencia—. He oído que ha descubierto al ladrón. —Su mirada recayó sobre Elin antes de que se hubiera incorporado de nuevo.

—¡Vaya, la chica de los Gudmund!

—Realmente no ha habido ningún robo todavía —replicó la reina.

—¡Pero si la he pillado! —Unas manchas rojas cubrieron las mejillas de Olof.

La reina alzó la mano.

—Yo procuro escuchar siempre a todas las partes —dijo—. En el Parlamento de Estocolmo hablan todos los representantes de la sociedad antes de que se tome una decisión. Dos personas piensan que se ha producido un robo. Pero la muchacha no ha dicho todavía nada. Así pues, Elin Ansgarsdotter, ¿has robado el medallón?

Elin sacudió la cabeza.

—¿Te has tragado la lengua? —preguntó Kester Leven.

—No —dijo Elin en un tono casi imperceptible.

—Difícilmente vas a convencer a estos señores con una sola palabra —dijo la reina—. Tendrás que defenderte por ti misma, ya que nadie lo va a hacer por ti. Por tanto, cuéntanos toda la historia.

Ebba Sparre, que estaba detrás de la reina, asintió y le dirigió una sonrisa alentadora. Tal vez fuera esa sonrisa la que desató la lengua de Elin. De pronto sintió odio hacia todas esas personas que la miraban fijamente como si fueran cazadores y ella fuera el lobo al que estaban acorralando. Alzó la cabeza.

—He buscado el medallón —empezó a decir—. La señorita Sparre no llevaba ningún chal en palacio, a pesar de que hacía frío. Pero al mediodía, cuando salió a dar un paseo por el parque con el invitado francés, se puso un chal. Por eso le pregunté a Víctor si había llevado el chal al guardarropa después del paseo. Me dijo que *madame* Joulain lo estaba arreglando. Entonces fui hasta sus habitaciones y le llevé un calentador. —Sus manos temblaban mientras las movía por el aire representando lo que había visto—. El chal estaba allí, en un cesto, y también estaba, como yo sospechaba, el medallón.

—¿Así que alguien escondió el medallón en el cesto? —preguntó Leven con severidad.

—No... yo creo que cayó allí en un descuido. El cierre se había enganchado en el chal durante el paseo. Ocurre con frecuencia. Y, además, cuando hace frío se pierde sensibilidad en la piel y no se nota si se suelta la cadena. El cierre estaba un poco torcido, lo suficiente para que se soltara. Nadie lo notó, ni siquiera la señorita Ebba cuando se quitó el chal.

—¿Cómo sabías que ese era el chal de Ebba?

—Un estudiante me lo describió.

—¿Y cómo es que alguien como tú sabe tanto de cadenas y cierres?

—A la señora Gudmund le pasó lo mismo una vez.

—Es cierto, el cierre estaba algo torcido —dijo Ebba—.

Hace tiempo que lo quería arreglar.

—¿Y por qué has cogido el medallón? —siguió insistiendo Kester Leven.

—Para llevárselo a Víctor. Para que él dijera que lo había encontrado. Entonces...

—¿Entonces qué?

La reina se echó hacia atrás y cruzó los brazos.

—Entonces... nadie sospecharía ya de Emilia.

—¿Emilia?

—La ayudante de cocina finlandesa —explicó Kester Leven—. Procede de Gamla Upsala, yo conocía a la tía de la muchacha. Se quedó viuda hace poco. Le entregamos dinero del fondo de beneficencia.

Elin inspiró profundamente.

—En la cocina la acusaban de haber robado el medallón.

—Y tú pensaste que si encontrabas el medallón podrías poner fin a esas sospechas —constató la reina.

Elin asintió.

—Su marido murió hace dos semanas en la guerra, en Alemania —dijo—. Ha perdido todo lo que tenía. Ha tenido que dejar a sus dos hijos en Gamla Upsala con unos vecinos. Emilia no puede perder su trabajo, si no...

Se quedó callada de pronto y alzó la mirada. La reina la observó con atención. En la habitación reinaba tal silencio que Elin creyó oír los copos de nieve que chocaban contra la ventana a causa del viento.

—Entiendo —dijo la reina tras una larga pausa—. ¿Pero por qué no le contaste a un lacayo dónde suponías que estaba

el medallón para que él mismo fuera a buscarlo? Fue muy arriesgado deslizarse en las habitaciones de *madame* Joulain. Podrían haberte descubierto, y entonces habrías sido tú la que ahora ya no tenía trabajo.

A Elin no se le ocurrió ninguna respuesta. Kester Leven la miró con severidad, como si hubiera sido él quien acababa de emitir un juicio sobre ella. Olof se adelantó.

—Yo sé por qué lo hizo. Porque quería escapar de la cocina. Es una alborotadora e intenta librarse de hacer su trabajo.

—¿Ha sido castigada por ello? —preguntó la reina, para desconcierto del sirviente.

—Tropezó y cayó sobre un montón de leña —respondió este—. Es muy... torpe. —Lanzó a Elin una mirada de advertencia. Por un momento fue como si ella pudiera leer sus pensamientos. El sirviente haría todo lo posible por proteger a Greta. Era la palabra de Elin contra la suya.

La voz de la reina era implacable.

—¿Es cierto eso, Elin?

Elin apretó los puños y dirigió a Olof una mirada fulminante.

—No —respondió alto y claro—. Greta, la cocinera, me ha dado una paliza.

La reina elevó una ceja y juntó las puntas de los dedos.

—¿Qué dices ahora, Olof?

El sirviente apretó los dientes en una forzada sonrisa.

—Puede ser que la cocinera la haya pegado alguna vez —admitió—. Pero se lo merece, la muchacha es obstinada y desvergonzada.

—¡No es cierto! —dijo Elin—. No soy más desvergonzada que Ida o Maditt.

—¿Y por qué te pega Greta a ti? —siguió indagando la reina—. ¿Qué has hecho, Elin?

—Nada. Yo... no soy la persona adecuada.

—¿Y quién sería la persona adecuada?

—La hija de Greta. Greta contaba con que su hija ayudaría en la cocina durante el tiempo que durara la visita real, pero en cambio el señor secretario me trajo a mí, que estaba en la cocina del obispo.

—Entiendo —dijo la reina. Ebba Sparre carraspeó, se inclinó hacia la reina Cristina y le susurró algo al oído.

—¿Cómo se llama la hija de Greta? —preguntó la reina dirigiéndose a Olof.

El rostro del sirviente estaba todo rojo, aunque mostraba todavía la sonrisa forzada.

—Annagrit Lund.

La reina tomó una hoja, cogió una pluma y mojó la punta en el tintero. Todos los presentes observaron atentamente cómo escribía algunas palabras con rapidez mientras seguía hablando.

—Bien, nada es más importante que saber que las personas adecuadas ocupan los puestos adecuados. Esto es tan válido para el Estado como para la cocina. ¿Sabes montar a caballo, Elin?

Elin creyó que había oído mal, pero las caras de sorpresa de todos los demás le dejaron claro que ellos habían escuchado la misma pregunta.

—No —contestó—, pero cuando estaba al servicio de los Gudmund ayudaba con frecuencia a cuidar los caballos.

La reina sonrió y se volvió hacia Kester Leven.

—Si el señor obispo no tiene nada en contra, a partir de ahora Annagrit ocupará el lugar de Elin en su cocina. Estoy segura de que realizará bastante mejor su tarea, pues comparo la opinión de Olof de que en la cocina Elin no está en el lugar adecuado.

Elin cerró los ojos por un instante. ¡Ya estaba! Había perdido su trabajo. Nadie sale impune si se tropieza con la reina. ¿Se la llevarían los soldados al calabozo? La reina esparció con elegancia un poco de arena sobre el papel para fijar la tinta todavía húmeda, se puso de pie y le entregó el escrito al secretario.

—¿Sería tan amable de entregar esta solicitud al obispo? Dígale que quiero tratar este asunto con él esta noche.

Kester Leven hizo una reverencia al coger el papel.

—Naturalmente, Majestad —murmuró—. Ha tomado una buena decisión. Yo mismo cometí el error de darle a Elin por compasión un puesto que es mucho más apropiado para Annagrit. Hoy mismo la mandaré de vuelta a la residencia episcopal. Seguro que considera acertado que una pobre criatura cristiana...

—¡Oh, no! —exclamó Cristina—. No me ha entendido bien. Alguien que sabe usar tan bien su inteligencia y además demuestra tanto valor me vendrá mejor en Estocolmo que aquí, en la cocina.

Al secretario se le congeló la sonrisa. Elin se tapó la boca con la mano y miró a la reina fijamente. Ebba Sparre sonrió. Era como si Kester Leven hubiera esperado que le dieran miel y hubiera recibido vinagre.

—¡Pero Majestad! —replicó rechinando los dientes—. No sabe nada de ella. Es... es hija de una ramera. Su padre era un soldado sueco y su amante alemana murió en la guerra antes de que su hija hubiera cumplido dos años. El padre mandó a su hija bastarda a Suecia, para que la cuidara su hermana. Cuando esta murió, la familia Gudmund la acogió hasta que el padre regresara. Pero nunca volvió a buscarla, ya que él también murió. Los Gudmund se hicieron cargo de la niña. Pero cuando se agotó el dinero que habían recibido para man-

tenerla y la familia Gudmund se vio sin medios para su sustento, le pedí al señor obispo que él la recogiera. Solo durante este invierno, hasta que encuentre un trabajo en la ciudad. Como sabe, yo estuve en Gamla Upsala y conozco bien a las familias de allí. Pero no imaginaba que esta muchacha pudiera ser tan... desagradecida.

Elin apretó los puños e hizo un esfuerzo por contener las lágrimas.

—No soy desagradecida —soltó de pronto—. Y quienquiera que fuera mi madre, creía en Dios igual que usted. —No fue consciente de la dureza de sus palabras hasta el momento en que pronunció la frase. Se encogió de hombros de forma instintiva. En casa de los Gudmund habrían castigado tal impertinencia con una bofetada.

—Así pues, mitad ramera, mitad soldado —dijo la reina secamente—. Seguro que no es la peor mezcla para abrirse paso en la vida. Y también es sincera. Lo que no se puede decir de todos los aquí presentes. —Olof miró al suelo.

—Elin Asenban no ha robado el medallón —anunció la reina—. Mi querida amiga Ebba le está muy agradecida por haber encontrado de nuevo la joya. Confío en que no se siga sospechando de Emilia y en que mañana temprano Elin esté esperando en el vestíbulo de entrada, preparada para viajar. —Se echó hacia atrás y miró a su alrededor—. Creo que ya hemos hecho esperar bastante a nuestros invitados. ¡Pueden retirarse! —A un gesto suyo los nobles se retiraron. Sus risas y cuchicheos se escucharon durante un rato por el pasillo. El secretario lanzó a Elin una mirada amenazante, hizo una reverencia, se volvió y salió de la habitación.

—¡Te estoy muy agradecida! —exclamó Ebba Sparre, dirigiéndose a la reina—. Sabía que esta pequeña es inocente. ¡Has tomado una sabia decisión!

—No te alegres tan pronto, Belle —respondió la reina—. Si no me equivoco, en Tre Kronor vamos a tener algunos problemas con ella.

¡Tre Kronor! Elin se sintió mareada solo de pensar en el palacio de Estocolmo. Emilia le hablaba todas las noches de él. En Estocolmo todas las casas eran bonitas y limpias, los adornos dorados de los tejados deslumbraban a todo el que alzaba la vista para admirarlos, el trabajo era sencillo y los barcos traían de países lejanos telas suntuosas, especias aromáticas y un vino que era denso y dulce como néctar.

—¡Oh, quien ha cuidado tan bien de mi medallón seguro que encontrará un buen puesto! —replicó la señorita Ebba. Su sonrisa se reflejó en el rostro de la reina y lo hizo parecer más suave.

—¡Como tú digas! —dijo Cristina, dando por finalizada la conversación. Se puso de pie de golpe y rodeó la mesa hasta quedar justo enfrente de Elin. Esta percibió entonces una curiosa irregularidad: el hombro derecho de la reina estaba un poco más alto que el izquierdo. ¿Estaba Cristina lesionada?

—¿Cuántos años tienes?

—Quince, Majestad.

—¡Déjate de reverencias y mírame! Dime la verdad: ¿por qué te recogió Leven en casa de los Gudmund?

Elin tomó aire. Pensó rápidamente toda una serie de respuestas complacientes, pero todas ellas sonaban muy falsas. Al final se decidió por la más simple.

—Porque... había mucha gente mirando. El sacerdote estaba allí, y también otros dos propietarios que le aconsejaban sobre lo que debía hacer conmigo. Estaban muy impresionados por la caridad y bondad del señor Leven.

La reina echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

—¡Escucha esto, Belle! —exclamó dirigiéndose a Ebba Sparre—. Tampoco es tonta. ¡Ay, esta muchacha no lo va a tener nada fácil en Tre Kronor!